

UN PASILLO CORTO

No importa si he trabajado toda la noche o si estoy agotada física y mentalmente. Es el cumpleaños de mi madre, un día especial, y debemos estar a su lado ahora que todavía tiene presente cuándo y dónde nació. El año que viene desconocemos si sus recuerdos habrán desaparecido, su mente se apaga como la luz de las farolas al amanecer y estamos luchando por afianzar recuerdos, momentos y fechas que caminan por el precipicio del olvido.

Para encontrarme con ella debo eliminar la distancia que nos separa. Dos horas de autobús y una carretera para dejar atrás lo acaecido en la noche. Me hace mucha ilusión imaginar su cara de asombro al verme y espero que su expresión sea de reconocimiento y alegría, los últimos meses vivimos con incertidumbre el despertar. Unos días está alegre y su felicidad no es compartida con sus hijas olvidadas y otros, cuando la enfermedad le da una tregua, muestra su dura realidad al ser consciente de los olvidos, la debilidad y la incapacidad. A pesar de los temores emprendo el viaje, no solo por ella, también por mí, necesito su abrazo reconfortante, ese que alivia penas.

Estoy dispuesta en mi asiento y no puedo dejar de mirar a un lado y otro para ver cuántos somos.

Dos asientos por delante de mí y justo detrás del conductor, el pasajero solitario: pelo canoso, de unos 70 años y con ganas de hablar con todo el mundo.

En el otro lado del pasillo un asiento detrás del mío, una señora: unos 50 años, melena larga y rizada, morena, una gran mochila depositada en la falda y lo que más llama mi atención, el móvil en la mano. No lo ha guardado ni mientras subía al autobús, ni al pagar el billete y ni al acomodarse en su asiento, es una prolongación de su brazo.

De la mitad para atrás y en el mismo lado que yo una pareja octogenaria. De vez en cuando y discretamente les echo una mirada. Mantienen conversaciones de tono bajo, sólo para ellos, lo contrario a la señora del móvil. Me recuerdan a mis abuelos sentados en la mesa camilla. Si cierro los ojos todavía percibo el olor a cocido y café recién hecho.

Y al final del autobús, tres chicos y dos chicas se disponen a volver a casa. La alegría que desprenden y el gran equipaje les delata.

Y así empieza el viaje, con una radio de fondo y el comienzo de una conversación.

Al conductor le está pasando como al militar, que por serlo tiene que escuchar los relatos de mili de otros. En este caso le toca oír al pasajero solitario y sus batallas de conducción. Se ha sentado cerca de él con los brazos apoyados en el respaldo y el cuerpo inclinado hacia delante, quiere que sus historias sean para ellos dos sin darse cuenta de la gente que le rodea, como yo. En este corto viaje prefiero ver y oír a los demás antes de repasar mis vivencias de la noche, debo distraer mi mente para que mis pensamientos no me traicionen.

El pasajero le comenta cómo una vez fue a Sevilla y se perdió; otro día un camión se cruzó en la carretera delante de él y casi tiene un accidente salvado gracias a su pericia al volante; sobre la multa que le pusieron injustamente... Uno a uno fue relatando momentos habituales que nos pueden pasar a cualquiera, aunque para él son anécdotas únicas.

Cuando me doy cuenta ya no escucho. Mi mirada se centra en las farolas de al lado de la carretera, hay cigüeñas posadas encima. Guardan el equilibrio sobre una pata y su pose es majestuosa. Al verlas pienso en nacimiento y enseguida un cúmulo de imágenes y nombres vienen a mi cabeza. La noche anterior hace su aparición.

Primera parada habitación 212. Está en un extremo, la más alejada del control de enfermería y no me cuesta entrar con pasos seguros y decididos. Al atravesar el umbral

de entrada puedo verla iluminada y con sonidos de ánimo y esfuerzo, manos apretadas y respiración a veces suave, a veces enloquecida sin poder controlarla. Angela está aterrada, entre contracción y contracción aparecen los miedos a un futuro incierto. Quiere saber si podrá estar a la altura, si conseguirá llevar la nueva vida que se plantea. ¿Ser primeriza le da licencia para temer? Claro que sí. Miedo al desenlace, a lo desconocido, en definitiva, a pequeñas cosas cotidianas. Al verme se levanta y con una verborrea alimentada por la inquietud del momento salen de su boca un cúmulo de preguntas: ¿Estoy haciéndolo bien? ¿Me despertaré si llora él bebé? ¿Sabré cuándo está enfermo? Mis respuestas afirmativas la calman entre contracción y contracción.

Veo su vientre abultado pidiendo desalojar su huésped, aquel que ha robado parte de su sustento y le va a ocupar mucho de su tiempo. Ella lo ha llevado durante nueve meses y ya es hora de verla o verlo. El sexo del bebé es una incógnita voluntaria por parte de los padres, una actitud rara en esta época de ecografías de 3D y 4D aunque ilusionante para ellos.

Un ruido y risas en la parte de atrás del autobús me sobresaltan y me hacen girar. Uno de los jóvenes está estirado en el suelo del estrecho pasillo. Parece que al levantarse ha tropezado con su propio bolso y se ha caído. Aparentemente no necesita ayuda y a sus amigos no se les ven muy preocupados entre risas y fotos para inmortalizar el momento. Antes de salir les dijo el conductor que pusieran los bolsos de mano en la parte de arriba, no le hicieron caso. A ellos no les importa, ni ven el peligro ni le temen a nada, a esa edad lo más mínimo es motivo de burla. Me levanto de mi asiento y le pregunto al que todavía está en el suelo:

—¿Cómo estás?

—Bien —se levanta—. No se preocupe usted.

—Estupendo, ten cuidado a ver si te vas a lesionar justo para las vacaciones.

—¡Vaya! Eso es lo que me hace falta ahora que voy a descansar de clases y libros.

—Claro, ten cuidado. ¿Qué estáis estudiando?

Casi al unísono todos me contestan. Delante de mí tengo a un futuro informático, un nutricionista, un ingeniero, una abogada y casualmente una enfermera. Los animo a que pasen un buen verano.

Volviendo a mi asiento no puedo evitar girarme y mirar a la estudiante de enfermería. Cuantas cosas le diría: que la profesión de enfermera se vive intensamente, hay sentimientos encontrados y momentos duros que debes dejar a un lado cuando acaba la jornada y para conseguirlo lo mejor es el apoyo de tus seres queridos...

Y de pronto me encuentro otra vez con puertas a un lado y a otro, es el túnel del tiempo o de los sentimientos, el lugar donde tu semblante cambia. Pasas de la alegría y la euforia a la más completa inexpresión, o por lo menos lo intentas, como se dice “llevar la procesión por dentro”.

Estoy a la altura de la puerta 201, es el momento de dos respiraciones profundas y con firmeza accedo a la habitación de Elena. A duras penas por la luz tenue alcanzo a distinguir las formas. Mis ojos se acostumbran a la poca luz y la vista es desgarradora. Elena está acostada, desde hace una semana no comparte habitación, le hemos podido regalar lo que más desea, la intimidad de su familia. Lleva dos días sin levantarse, su fragilidad y extrema delgadez lo imposibilita. Su pelo, ahora blanco, ese que nunca dejó de pintar y que después de perderlo por la quimioterapia decidió no volver a teñir y lucir sus canas. Es muy guapa y menudita y como dicen sus hijas “una mujer de bandera”.

Arrodillada junto a la cama una chica joven. Sus manos entrecruzadas, besos cálidos, abrazos suaves y tiernos. Hay un profundo silencio, solo roto por una respiración entrecortada. Elena consigue soltar sus manos para introducir los dedos entre los cabellos alborotados de su hija, que es muy parecida a ella. Su aparente fragilidad es solo eso, apariencia, porque con creces ha demostrado su fortaleza. Vuelve a coger las manos de su madre, las besa y aprieta convencida de que con ello no se le puede escapar.

De pie cerca de la ventana encuentro un hombre alto, de ancha espalda y manos en los bolsillos. Al escucharme entrar se gira y se cruzan nuestras miradas. La suya está perdida, es un hombre abatido, roto de dolor y sus ojos vidriosos intentan disimular unas lágrimas. Posa sus manos sobre la cabeza de su esposa, la mira a la cara y una sonrisa sale de su boca, es amarga como el bocado de la almendra, pero que no duda en mostrarla. Sabe que puede contar con él, que nunca se apartará. Ella le responde con un guiño, está al corriente de su situación y saca sus armas para disimular el dolor y la agonía que siente.

En estos instantes nuestro trabajo sobrepasa lo profesional. De administrar medicación y curar heridas físicas pasas a aliviar las del alma. Dejas las gasas para entregar pañuelos y donde colocabas apósitos ahora pones palabras.

La palabra es un arma de consuelo y de comunicación inacabada. Mi querida madre era una experta en ella. Cada noche entre sus manos sostenía el libro de “Poesías Completas” de Antonio Machado, su favorito y nos leía alguna al azar. Su voz apasionada y melosa continuaba recitando incluso con el libro cerrado, presumiendo de su saber, de su memoria intacta. Hasta que un día no pudo continuar, las palabras desaparecieron, me miraba y lloraba sin comprender el porqué. Yo sostuve el libro y mi recital imperfecto, alivió su pérdida:

“Soñé que tú me llevabas
por una blanca vereda,
en medio del campo verde,
hacia el azul de las sierras,
hacia los montes azules,
una mañana serena.

Sentí tu mano en la mía,
tu mano de compañera,
tu voz de niña en mi oído
como una campana nueva,
como una campana virgen
de un alba de primavera.

¡Eran tu voz y tu mano,
en sueños, tan verdaderas!...

Vive, esperanza, ¡quién sabe
lo que se traga la tierra!”

Una curva pronunciada me devuelve al camino. Miro por la ventana y estamos atravesando un puente. Bajo nosotros el río Genil y a la derecha Écija, ciudad del sol. Una postal de casas blancas, edificios de ladrillo visto y por encima de ellos sus torres como 11 espadas alzadas para la defensa.

El silencio se rompe con unas dulces palabras de la pareja octogenaria. No puedo dejar de mirarlos. Sus manos agarradas, ella apoyada en el hombro de él y al levantar la mirada una mano acaricia su mejilla. ¿Cuánto tiempo llevarán juntos? 30, 40, 50 años. No lo sé, pero yo quiero lo mismo que ellos con 80 años. Y Elena ¿Habría tenido alguna vez este mismo deseo? Seguramente y en cambio allí está, en esa cama aferrándose a un hilo de vida. Un hilo cada vez más frágil que el destino quiere romper, pero que entre su familia y ella lo tienen agarrado con fuerza.

Vuelvo a la carretera, deseo salir de esa habitación, pero al final del pueblo un cartel indica la dirección hacia un hospital.

De nuevo salgo al pasillo y tengo que cambiar la expresión de mi cara, tragar el nudo de la garganta, ocultar las lágrimas y brindar una sonrisa al primero que me encuentro. Una camilla avanza hacia mí con Angela en dirección al paritorio. El dolor se ha vuelto insoportable y sabe que el final está cerca. Su cara ya no refleja miedo, ha pasado a ilusión, al deseo de acabar y la desesperación por tenerlo en los brazos. La camilla se aleja y veo la sábana voluminosa que pronto no lo estará. Una pareja que regresará siendo padre y madre, llenos de amor y con un camino que recorrer para escribir su propia historia.

Un mensaje de wasap me aleja de la noche y vuelve a mostrarme la luz del día. Es mi hermana que me avisa de que salen en mi busca. Le ha dicho a mi madre que le acompañe a hacer un “*mandao*”. Antes estuvimos bromeando sobre qué decir para no estropear la sorpresa:

—Dile que vas a recoger un paquete —comenté.

—O un regalazo —dijo ella.

—Y bien grande que es.

—¡Y vale millones!

No pudimos evitar unas risas.

La sorpresa será mía al incierto encuentro con mi madre. Le pregunté anoche a mi hermana cómo se encontraba y no ha sabido contestarme o no ha querido. Con un —ahí va— dejó mi imaginación libre, apostándolo todo a ese momento, a ese cruce de miradas al bajar del autobús.

Suena un teléfono y me abstrae de mis pensamientos. No es el mío, es el de la señora que lleva todo el camino tecleando. Con un solo “Hola” después de descolgar ya me doy cuenta de que no desea hablar. Se ha recolocado en el asiento, ha erguido su espalda y parece más alta. Monosílabos salen de su boca.

—No, no, he dicho que no.

De esta manera es imposible seguir la conversación. Me doy por vencida, pero por poco tiempo. Ahora es ella la que marca un número. Esta vez está más animada a hablar.

—No te lo vas a creer, me ha llamado para pedirme perdón.

Sube el tono de voz, desea compartir con nosotros, sus compañeros de viaje, una información irrelevante pero entretenida.

—Es que no podía aguantar más, vivía con un extraño. Una persona que me ha tenido engañada durante años, sin notar su presencia. Sus besos y abrazos no han existido y ahora me dice que me extraña, me necesita, desea sorprenderme...

He dejado de escucharla y la última frase revolotea por mi cabeza. A mí no es fácil sorprenderme, ni tampoco dejarme sin palabras y Elena lo ha conseguido con solo tres. Ha elegido este momento, cuando yo estoy en la habitación y su marido la mira con la misma ternura del primer día. Ahora, cuando sentía que el dolor sobrepasaba su

cuerpo, las entrañas dejaban de pertenecerle, su cara se tornaba pálida, tenue, irreconocible, y con los ojos secos que no dejan lágrimas para recorrer su mejilla. En ese preciso momento, en el que suena ese reloj sin cuerda cuyo tiempo se escapa y decide apagar su luz, aparece su bondad y elegancia y con el último aliento le pregunta a su marido —¿Tú cómo estás?

¿De dónde has sacado la fuerza? Yo no puedo dejar de mirarlos. Las manos cogidas y sus ojos que se cruzan en la recta final en el último tramo del camino, cuyo recorrido han hecho juntos hasta el último suspiro, hasta la última palabra.

Cae el telón y se apaga la luz. Los actores de esta escena dejan de actuar y pueden llorar y gritar libremente y soltar la rabia acumulada durante meses. Son incapaces. No salen las palabras, no consiguen culpar ni maldecir por lo que han pasado. El silencio se apodera de la habitación y es el momento de darles su espacio y la intimidad que necesitan.

Vuelvo al pasillo y el sonido de un llanto me hace girar, es un bebé. Y allí está, en brazos de su madre. Una entrada triunfal en el momento más oportuno. En este acto la actitud de los actores es muy diferente: son todo felicidad. No puedo dejar de mirarlos, necesito contagiarme de su alegría. El bebé ha dejado de llorar, su madre lo acaricia y me lo acerca para que lo vea bien.

—Es una niña —me dice—. Y se llama Elena.

Un escalofrío recorre mi piel, me vuelvo y les doy la espalda. Mi pecho ahogado intento aliviarlo con suspiros profundos, que salen en silencio de mi boca.

Mirando por la ventana desde el autobús no veo nada, solo las imágenes de la noche anterior. No logro desprenderme de ellas como si fueran el aroma de un perfume. Hago el esfuerzo de concentrarme en ver el paisaje que se abre ante mí y me doy cuenta de que

es ideal para ser pintado. Laderas que suben y bajan con campos a trozos verdes y otros con tierra arada. Muy lejos, donde la vista casi no me llega unas “casillas” abandonadas, que en tiempos alojaban a las familias que las trabajaban.

Cerca de la carretera en el camino lateral aparecen unos eucaliptos (o calistros como los llamaba mi abuelo) formando una hilera que separa lo antiguo de lo nuevo.

Una canción irrumpe para hacerme retroceder en el tiempo, no a la noche anterior, sino 28 años atrás. Los acordes de “Pisando fuerte” sonaban al cruzar el umbral de mi casa con mi hijo recién nacido en brazos. Para Ángela mañana será el día de pisar fuerte. Saldrá por las puertas del hospital con Elena y un vínculo incondicional creado desde el primer contacto piel con piel.

Mientras tanto el paisaje ha cambiado. Las laderas se han vuelto llanas, las casillas se han transformado en grandes edificios y los eucaliptos en pequeños rincones verdes, repletos de gente que viene y va.

El autobús se ha parado. Desde mi asiento consigo ver a mi hermana y a la despistada de mi madre como la teníamos calificada antes de descubrir el Alzheimer.

No deja de mirar a un lado y a otro, no sabe qué hace allí ni a qué se va a enfrentar. En cuanto baje iré directamente a ella, la abrazaré y no querré soltarla. Me acabo de dar cuenta que no le llevo ningún regalo, espero que mi presencia le haga olvidar lo material. Yo la voy a sorprender, pero ella me va a regalar sus abrazos, besos y sentimientos de emoción.

Son las ocho de la mañana y acaba mi jornada de trabajo. En ella el nacer y el morir se vuelven cotidianos. Nada fácil sobrellevar ambos acontecimientos, ambos momentos del ciclo de la vida y máxime cuando ocurre al mismo tiempo, a pocos metros de distancia y en el mismo pasillo.